



«Así que ya no son extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios.» (Carta a los Efesios, 2, 19)

Queridas hermanas, queridos/as laicos/laicas:

En esta hermosa fiesta de Santa María Magdalena, patrona de la Orden, les enviamos la primera de una serie de cartas que nos acompañarán hasta el próximo Capítulo General, redactadas y elaboradas por todo el Consejo General.

Es un regalo para nosotros poder encomendar este proyecto a la intercesión de María Magdalena, una hermana mayor que conoció a Jesús en persona y experimentó su amor misericordioso hasta convertirse en la apóstol de los apóstoles. Además, en estos días nos acercamos a la celebración de la solemnidad de nuestro Santo Padre Domingo, predicador de la gracia. Éste es un tiempo en el que la liturgia, a través de diversas fiestas y, en particular, las de nuestros santos dominicos, nos permite contemplar y celebrar la misericordia que Dios Padre ha derramado en abundancia en el corazón y en la vida de hermanos y hermanas, y, a través de ellos, al mundo entero.

Estas celebraciones nos llevan al corazón de nuestro carisma y nos dan la oportunidad de profundizar en un aspecto al que hoy nos parece especialmente necesario volver: la Misericordia, fundamento de la cultura carismática que nos une.

Pero, ¿qué es la misericordia? Más allá de las definiciones académicas, preguntémonos: ¿qué es para mí? ¿Cómo la percibo, cómo la vivo, en mi realidad, en mi comunidad?

Antes de proponer algunas reflexiones carismáticas sobre este don que llenaba las noches y los días de Santo Domingo, quisiéramos invitarlos a tomarse un tiempo, primero a nivel personal y luego comunitario, para poder pensar y compartir, con sencillez y libertad, qué es para cada uno de ustedes la misericordia, no tanto para repetir expresiones aprendidas en las Constituciones o leídas en los textos de meditación, sino para compartir la vida real, experiencias de misericordia recibida y donada. Quizás nos demos cuenta de que existen divergencias significativas en nuestra comprensión de este fundamento de nuestra vocación cristiana y dominicana. Podemos tomar nota de ello y dar gracias a Dios por la inmensidad de sus dones.

Para nosotros, los miembros del Consejo General, sería muy valioso recibir algunos frutos de su reflexión y intercambio, que así podrán enriquecer la profundización del carisma de la Congregación encarnado en las diversas culturas¹.

¹ Pueden enviarlos, incluso en septiembre, a la dirección de la secretaría: segregen@domenicane.it



Mucho se ha escrito sobre San Domingo y su grito sentido: «*Dios mío, misericordia mía, qué será de los pecadores?*», sobre su corazón compasivo, dispuesto a replantearse sus prioridades ante las urgencias de su tiempo —como cuando, siendo estudiante, vendió sus libros en Palencia para

socorrer a los hambrientos—, sobre su sensibilidad ante la miseria más grande, la del error y del pecado que alejan de Dios.

Esta vez quisiéramos inspirarnos más bien en un hijo de Domingo, de quien el 1 de agosto, entre la fiesta de Santa María Magdalena y la solemnidad de Santo Domingo, se cumplirá el trigésimo aniversario de su martirio. Nos referimos al Beato Pierre Claverie, mártir y obispo de Orán (Argelia), quien se mantuvo fiel a su pueblo y a su misión «*hasta el final*» (Jn 13), consciente de la amenaza que pesaba sobre él. En un contexto de guerra civil, Pierre Claverie fue asesinado por terroristas el 1 de agosto de 1996, junto con su joven chofer, Mohammed Bouchikhi, quien también se mantuvo fiel «*hasta el final*» a quien consideraba su amigo, «*en el nombre de Dios, el Misericordioso, Aquel que muestra misericordia*».

Pero, ¿por qué hablar del Beato Pierre? Acaso no tenemos ya suficientes figuras de referencia en el «cielo de la Congregación»? Quizás sí, pero queremos aceptar la invitación de los frailes dominicos de la Provincia de Francia, quienes han convocado un año titulado «Pierre Claverie: el riesgo del encuentro» para poder profundizar en su legado espiritual y profético. Además, sus escritos arrojan una luz particularmente significativa sobre los caminos de la Congregación señalados por el último Capítulo General.

El propio Pierre contó en varias ocasiones que, habiendo nacido en una familia francesa en la entonces colonia de Argelia, había crecido en esa tierra como en una burbuja, una «burbuja colonial» en la que el «otro» —es decir, los argelinos, en su mayoría musulmanes— formaba parte del paisaje, pero nunca era un hermano o una hermana con quien encontrarse.

Tras ordenarse fraile dominico en la Provincia de Francia, en 1967 el fraile Pierre decidió regresar a su país, Argelia, ya independiente, sintiéndose llamado a vivir un encuentro auténtico con el pueblo al que había sido enviado. Aunque en aquella época aún no se hablaba de interculturalidad, las ideas que Pierre Claverie nos deja en sus escritos² anticipan estudios y reflexiones mucho más recientes sobre el tema. Esto nos confirma que nuestros tres caminos nos sitúan «*in medio Ecclesiae*» y merecen ser enriquecidos con la sabiduría que provienen de experiencias pasadas tan santas como complejas.

El beato Pierre nos enseña que los encuentros verdaderos solo pueden surgir de la conciencia de que cada individuo es único en el mundo y que cada uno de nosotros percibe la realidad —incluso las cualidades aparentemente más comunes y universales— de manera diferente a los demás. El encuentro nunca es algo que se pueda dar por sentado, no es algo fácil!

² Véase P. Claverie, El encuentro y el diálogo. Breve tratado, ESD (<https://url-shortener.me/OB8S>) y muchos otros.



La misma percepción de la distancia, del espacio personal que hay que respetar entre las personas, puede ser muy diferente, incluso como consecuencia del mundo del que provenimos y de la cultura en la que crecimos. El primer paso es tomar conciencia de esas diferencias. Esto nos permitirá reconocer también la ansiedad y la agresividad que pueden desencadenarse cuando alguien se acerca al umbral de este espacio privado y, con su presencia y su diferencia, activa una sensación de amenaza a un equilibrio personal a veces precario.

Por lo tanto, no es fructífero dar por sentado demasiado rápido lo que nos une y pensar en construir algo solo sobre esta base ilusoria. Empecemos más bien por nuestras diferencias, tratemos de

descubrirlas y aceptarlas, tomémonos el tiempo para acercarnos al otro con respeto y delicadeza, construyendo una «estrategia del encuentro», que no fuerce las distancias ni los tiempos, sino que permita al otro existir y sentirse de alguna manera acogido y seguro.

No hablamos aquí de una obligación moral, sino de una necesidad inherente a la condición humana que nos une, y que para nosotros se ve potenciada por la vocación cristiana, así como religiosa y dominicana. El pensamiento de Pierre Claverie sobre la alteridad se nutrió de las tesis de grandes maestros dominicos que contribuyeron a preparar el Concilio Vaticano II, como el P. Yves Congar y el P. Marie-Dominique Chenu. En aquel entonces se trataba de aprender a «reconocer al otro como otro» y, por lo tanto, a no encerrarnos tras esa pretensión de poseer una verdad objetiva, según la cual el otro existe solo en la medida en que se somete a mi verdad.

Confiar, al menos provisionalmente, en que el otro tiene razones válidas para creer o decir lo que cree o dice, dejarlo ser y expresar lo que es, es la base de respeto necesaria para un encuentro auténtico. Y solo al encontrarnos auténticamente, podremos avanzar en la búsqueda de una Verdad que es infinitamente más grande que cada uno de nosotros: la «*Verdad que libera y salva*», como dicen nuestras Constituciones (cf. n. 4).

Se trata de un camino de confianza recíproca, que permite «*desarmar la ansiedad*» y reducir las distancias; un camino que nos es necesario no solo para convertirnos en comunidades verdaderamente interculturales, sino también para crecer en la sinodalidad, para pasar «del yo al nosotros», a un nosotros en el que cada una y cada uno se sienta reconocido y tenga la posibilidad de ofrecer lo mejor de sí mismo para la vida y la misión de la única Familia de la Madre Gérine.

Sin embargo, la experiencia nos lleva a admitir que este noble camino solo es posible en la medida en que cada uno sea verdaderamente sí mismo. El primer encuentro necesario, verdadero y profundo es conmigo mismo/a, y solo es posible a la sombra de esa mirada misericordiosa que me ha conocido desde el vientre materno. Esa conciencia lleva al Beato Pierre Claverie a decir que un encuentro acertado es «*un intercambio de misericordia*», es decir, un encuentro entre personas conscientes de que el valor auténtico de cada uno de nosotros nace de esa mirada gratuita de amor que nos hace existir.



También el Papa Francisco, al proclamar el Jubileo de 2015, recordaba que la misericordia es el acto último y supremo con el que Dios sale a nuestro encuentro; es, además, la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano o a la hermana con quienes se cruza en el camino de la vida (cf. *Misericordiae Vultus*, n.º 2). Si la misericordia es, como nos han enseñado, tener el corazón (*cor*) vuelto hacia los pobres (*miseri*), es, en definitiva, ese don y esa actitud que nos permiten superar el egocentrismo, romper nuestras «burbujas» para volcar el corazón unos hacia otros y, juntos, hacia un mundo que sufre, que, a menudo en silencio, clama tanta «miseria», tanta inquietud, tanto dolor.

¿Cuántas veces al día, aunque sea solo en la liturgia, alabamos la misericordia de Dios o la invocamos? ¡No nos rindamos! Somos «*mendigos de la misericordia del Padre*» ante todo para nosotros mismos. Pidámosle la gracia de un encuentro verdadero con nosotros mismos. Pidámosle que ensanche nuestro corazón (cf. Sal 118,32) para que nadie quede excluido.

En una época de guerras, confusión y grandes divisiones, como lo es también la actual, la misericordia y la compasión de Santo Domingo se alimentaban de la contemplación de la cruz. De hecho, la tradición nos ha transmitido muchas imágenes que lo representan a los pies del

Crucificado. No podemos dejar de pensar también en Madre Géline, quien, animada por el mismo espíritu del Santo Padre Domingo, nos transmitió el don del rostro maternal de la misericordia del Padre al contemplar a María, al pie de la cruz, con Jesús exangüe en sus brazos.

En un mundo tan complejo como el nuestro, estamos llamados a volver a estas elocuentes imágenes, para ser capaces de vivir encuentros auténticos entre nosotros y ofrecérselos al mundo; a beber de la fuente de nuestra vida, de nuestro carisma, cada vez que descubramos en nuestro corazón rastros de dureza: cuando nos encontremos indiferentes ante los dolores y las alegrías de los demás; cuando los miedos y las heridas nos lleven a cerrarnos conscientemente al encuentro con una hermana o un hermano; cuando alimentemos prejuicios hacia un grupo social, una etnia o los creyentes de otras religiones.

Que una experiencia auténtica y constantemente renovada de la misericordia derramada en abundancia sobre nosotros nos sane de un amor selectivo, que ya no incomoda, y nos permita evangelizar nuestra mirada, nuestras palabras, para convertir verdaderamente a nuestras comunidades en «*oasis de misericordia*» en los que nos ejercitemos día tras día a vivir encuentros regeneradores, con «*manos extendidas*» para recibir y ofrecer amor gratuito, confianza, acogida, perdón y reconciliación.

“¿Qué piden?”, preguntará la Priora General a las hermanas que harán su profesión “hasta la muerte” el próximo 8 de agosto en Uganda y el 15 de agosto en Nigeria, y ellas responderán: “la misericordia de Dios y la vuestra”. Es la respuesta, tan hermosa como exigente, que nos ha transmitido la tradición de la Orden Dominicana y a la que aún estamos llamados a recurrir.



Congregación
Hermanas Dominicas de Santa Catalina de Siena
- Via degli Artisti, 17 00187 Roma -

Curia general

Acogemos además como un hermoso signo de misericordia por parte de Dios el don de las hermanas que se comprometen tan radicalmente en nuestra Familia religiosa.

Que nuestros santos, quienes han hecho resplandecer el amor del Padre en las distintas épocas en que vivieron y hasta el día de hoy, nos sostengan para que también en nosotros arda la misma llama, como verdaderos *«conciudadanos de los santos y familiares de Dios»*.

A todas ustedes, queridas hermanas, y a los queridos hermanos laicos, aunque estemos dispersas en diferentes partes de la Congregación, les deseamos desde ya una preparación fructífera y una hermosa fiesta de nuestro Santo Padre Domingo.

Roma, 22 de julio de 2026 (*fiesta de Santa María Magdalena*)



Hnas M. Viviana. M. Romina, M. Robina, M. Paulina y M. Lara